

**REZAR COMO  
EL PAPA FRANCISCO**



colección milenio

# **REZAR COMO EL PAPA FRANCISCO**

LUCAS BUCH

**C<sup>e</sup>**  
COBEL EDICIONES

Primera edición: mayo de 2016  
Segunda edición: febrero de 2019

© Cobel  
ISBN: 978-84-945555-0-3

[cobel@cobel.es](mailto:cobel@cobel.es)

[www.cobelediciones.com](http://www.cobelediciones.com)

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

# ÍNDICE

<b>Rezar como el Papa Francisco.....</b>	<b>7</b>
Capítulo 1. ¿Quién es Dios para el Para Francisco?....	9
Capítulo 2. ¿Quién es el Para Francisco ante Dios? ...	17
Capítulo 3. La necesidad de la oración .....	21
Capítulo 4. Rezar es estar con Dios.....	25
Capítulo 5. ¿De qué llena el Papa su oración? .....	33
<b>Textos del Papa Francisco para meditar.....</b>	<b>47</b>
Amor de Dios y alegría .....	47
Vocación y apostolado.....	52
Pobreza y desprendimiento.....	55
Confesión y contrición.....	60
Dificultades.....	65
Fe .....	70
Humildad.....	74
Lealtad y amistad .....	77
Oración .....	81
Sinceridad y perseverancia.....	86
Virgen María.....	90
<b>Textos JMJ 2019 .....</b>	<b>97</b>



# Rezar como el Papa Francisco

---

El Papa Francisco tiene un *estilo* propio. De eso se ha dado cuenta hasta el observador más despistado: se nota en sus palabras, se nota en sus gestos, se nota en el modo en que se mueve por el mundo. Lo que no tanta gente ha descubierto es que ese *estilo* se manifiesta también en su modo de rezar —es más, *nace* de su oración. En estas páginas, vamos a acercarnos a ella para aprender a rezar como reza el Papa.



## CAPÍTULO 1

# ¿Quién es Dios para el Papa Francisco?

Orar es hablar con Dios. Hasta ahí llegamos. Ahora bien, antes de hablar con alguien es muy importante saber *quién es* ese alguien. Eso no significa solo conocer su identidad (nombre y apellidos), sino *quién es para nosotros*. Por ejemplo, mi modo de hablar con Juan Pérez será muy distinto si ese Juan Pérez es mi profesor de Química, mi mejor amigo o simplemente el tipo que está sentado a mi lado en el metro. Por eso, antes de ver cómo es la oración del Papa tenemos que hacernos dos preguntas fundamentales: «¿Quién es Dios para Francisco?»; y, por otra parte: «¿Cómo se ve él ante Dios?».

Comencemos por la primera. En ocasiones, tenemos una imagen de Dios como nuestro *Jefe*: alguien que manda, que dice lo que hay que hacer... y que nos castiga si no lo hacemos. Frente a esa imagen, la que tiene el Papa es muy distinta. Una entrevista aparecida en 2010, cuando todavía era arzobispo de Buenos Aires,

narra brevemente el momento en que, siendo muy joven, decidió entregar su vida a Dios. Corría el año 1953:

«Era 21 de septiembre y, al igual que muchos jóvenes, Jorge Bergoglio —que rondaba los 17 años— se preparaba para salir a festejar el Día del Estudiante con sus compañeros. Pero decidió arrancar la jornada visitando su parroquia. Era un católico practicante que frecuentaba la iglesia porteña de San José de Flores.

Cuando llegó, se encontró con un sacerdote que no conocía y que le transmitió una gran espiritualidad, por lo que decidió confesarse con él. Grande fue su sorpresa al comprobar que no había sido una confesión más, sino una confesión que despabiló su fe. Que le permitió descubrir su vocación religiosa, al punto que resolvió no ir a la estación de tren a encontrarse con sus amigos y volver a su casa con una firme convicción: quería... tenía que ser sacerdote.

“En esa confesión me pasó algo raro, no sé qué fue, pero me cambió la vida; yo diría que me sorprendieron con la guardia baja”, evoca más de medio siglo después. En verdad, Bergoglio tiene hoy su interpretación de aquella perplejidad: *“Fue la sorpresa, el estupor de un encuentro; me di cuenta —dice— de que*

*me estaban esperando. Eso es la experiencia religiosa: el estupor de encontrarse con alguien que te está esperando. Desde ese momento para mí, Dios es el que te ‘primerea’. Uno lo está buscando, pero Él te busca primero. Uno quiere encontrarlo, pero Él nos encuentra primero”»<sup>5</sup>.*

¿Quién es Dios para el Papa? ¿Un *Jefe*? ¿Un *Poder*? Más bien, un Amor que te precede, que se te adelanta: llega *antes* y está esperando a que te des cuenta.

En la vida de Jorge Mario Bergoglio, aquel ~~encuentro con Jesús en 1953~~ es una experiencia fundamental. Ha vuelto sobre ella infinidad de veces, pues le cambió la vida. Una de esas ocasiones fue precisamente el 22 de septiembre de 2013, siendo ya Papa, en un encuentro con los jóvenes de Cerdeña. Allí había ido para venerar a la patrona de la isla, la Virgen de *Bonaria*. Entre bromas y veras, comentando la escena de la pesca milagrosa y el mandato de echar las redes a la derecha, expuso en breves trazos quién es Dios para él, y cuál es el secreto de su relación con Él. El texto es un poco largo, pero vale la pena leerlo entero... y con calma:

«Quiero contaros una experiencia personal. Ayer cumplí el sexagésimo aniversario del día en que sentí la voz de Jesús en mi corazón. Pero

esto lo digo no para que hagáis una tarta aquí; no, no lo digo por eso. Pero es un recuerdo: sesenta años desde aquel día. No lo olvido nunca. El Señor me hizo sentir con fuerza que debía ir por ese camino. Tenía diecisiete años.

Pasaron algunos años antes de que esta decisión, esta invitación, llegase a ser concreta y definitiva. Después pasaron muchos años con algunos acontecimientos de alegría, pero muchos años de fracasos, de fragilidad, de pecado... sesenta años por el camino del Señor, siguiéndole a Él, junto a Él, siempre con Él. Sólo os digo esto: ¡no me he arrepentido! ¡No me he arrepentido! ¿Por qué? ¿Porque me siento Tarzán y soy fuerte para seguir adelante? No. No me he arrepentido porque siempre, incluso en los momentos más oscuros, en los momentos del pecado, en los momentos de la fragilidad, en los momentos del fracaso, he mirado a Jesús y me he fiado de Él, y Él no me ha dejado solo.

Faíos de Jesús: Él siempre va adelante, Él va con nosotros. Pero, escuchad, Él no desilusiona nunca. Él es fiel, es un compañero fiel. Pensad, este es mi testimonio: estoy feliz por estos sesenta años con el Señor. Una cosa más: ¡seguid adelante!»<sup>6</sup>.

Junto a su buen humor, queda claro en estas

dos intervenciones quién es Dios para el Papa Francisco: el Amor que nos precede, el Amor que nos busca, el Amor que nos espera. Un Amor que siempre se adelanta, que *primerea*. ¿Por qué usa ese término tan extraño: *primerea*? Porque, según explica él mismo, es como el almendro, que florece el primero. En pleno mes de febrero, los árboles están desnudos. Todos... excepto los almendros, que lucen ya sus flores blancas. Así es también nuestro Dios. Como señala el apóstol Juan: «En esto consiste el Amor, en que Dios nos amó primero» (1Jn 4,10). Y no sólo *primerea*, sino que luego nos acompaña *siempre*, también en los momentos de pecado, de debilidad, de fracaso.

El 21 de septiembre de 1953, la vida del joven Jorge Mario cambió decisivamente. Lo que le removió no fue una «idea religiosa», ni siquiera un propósito tajante, sino un *encuentro personal*, con alguien vivo: «Tuve la certeza que en la persona de aquel sacerdote Dios me estaba esperando, antes de que yo diera el primer paso para ir a la iglesia. Nosotros le buscamos, pero es Él quien siempre se nos adelanta, desde siempre nos busca y es el primero que nos encuentra»<sup>7</sup>. Encontrar a Dios es la única manera de vivir *en serio* nuestra fe. Como escribía el Papa: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que

da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». Lo escribía el Papa Benedicto... y Francisco lo ha citado a menudo<sup>8</sup>.

Ahora bien, junto a la sorpresa de encontrar a Jesús, vivo, en aquella confesión (lo que él llama el «estupor del encuentro»), fue definitivo para el Papa Francisco «el modo misericordioso con el que Dios lo interpeló»<sup>9</sup>. Lo pudimos oír aquel primer domingo en que se asomó a la Plaza de san Pedro para rezar el Ángelus. La plaza estaba repleta... como lo estaba la de Pío XII... y la *via della Conciliazione*... Las televisiones de todo el mundo retransmitían en directo. Ante semejante platea, ¿qué iba a decir el Papa? Todos escuchábamos atentos, y él «se limitó» a comentar el Evangelio de la Misa, el de la mujer sorprendida en adulterio a la que los escribas y fariseos proponen apedrear (Jn 8,1-11). Tras resolver con sencillez la situación, Jesús dice a la mujer: *Vete y desde ahora no peques más*. El Papa «se limitó» a comentarlo así:

«No olvidemos esta palabra: Dios *nunca* se cansa de perdonar. *Nunca*. “Y, padre, ¿cuál es el problema?” El problema es que nosotros nos cansamos, no queremos, nos cansamos de pedir perdón. Él jamás se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón.

No nos cansemos nunca, no nos cansemos nunca. Él es Padre amoroso que siempre perdona, que tiene ese corazón misericordioso con todos nosotros. Y aprendamos también nosotros a ser misericordiosos con todos»<sup>10</sup>.

Son las dos columnas portantes del mensaje de Francisco a la Iglesia: el estupor del encuentro con Dios y el descubrimiento de su Misericordia, que nos lleva a tratar a los demás con idéntico Amor. Y eso, que él vivió hace ya tantos años, es lo que quiere que vivamos tú y yo. Por eso ha querido celebrar un Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Y por eso nos invita ahora a Cracovia.

Esas dos ideas han sido su mensaje continuo desde que fue elegido Papa. Al escribir su primer documento largo, las recogía en modo personalísimo, fundidas en una invitación que dirige a cada uno —a ti y a mí— y que quizá es momento de acoger. Hay sin duda un pedazo de la oración del Santo Padre en este texto:

«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque

“nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor”<sup>11</sup>. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores”. ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar “setenta veces siete” (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!»<sup>12</sup>.

Nos hemos asomado a un primer aspecto: *¿quién es Dios para el Papa Francisco?* Ahora seguimos adelante, con una segunda pregunta.